

P. Delvaux, segun se desprende de la siguiente carta escrita por esta al P. Druilhet en 27 de mayo de 1830.

«La condesa de Oliveira me ha presentado cuatro de sus hijos, orgullosa de que fuesen los primeros en ser aceptados por los Padres de la Compañía. No tengo necesidad, nos dijo, de examinar ni condenar la conducta de mi abuelo: si él contribuyó á la destrucción de la Compañía, á nosotros, que somos sus hijos, nos toca reparar tan grande injusticia; si por el contrario fue calumniado y es inocente del crimen de que se le acusa, á nosotros tambien nos toca manifestarlo por nuestro celo en acogerlos.»

Tales eran las disposiciones del Portugal respecto de los Jesuitas. En el mes de diciembre de 1830 se establecieron en la casa de San Antonio, en la que Francisco Javier, Simon Rodriguez, Ignacio de Acevedo, Álvarez y Gonzalo de Cámara, habian orado, enseñado y vivido; y desde luego empezaron á dar á sus trabajos una direccion mas uniforme: los unos, como el P. Pouty, se esforzaban por medio de los socorros religiosos en aligerar las cadenas de los presos; mientras que los demás procuraban despertar en las almas sentimientos de arrepentimiento, de virtud y de piedad. Testigo del abundante fruto que daba aquel corto número de Jesuitas, no quiso el Cardenal patriarca de Lisboa permanecer por mas tiempo indiferente al bien que se operaba por su intermediario, y dió inmediatamente un decreto á favor del Instituto. Transcurridos algunos meses, imitó tan noble ejemplo D. Fortunato de San Buenaventura, arzobispo de Evora y gran maestro de las Universidades del reino, encargando se restituyera á los Jesuitas su antiguo colegio de las Artes de Coimbra: en 9 de enero de 1832 firmó D. Miguel el decreto que debia reponerles en posesion de aquel establecimiento.

El día en que se verificó su entrada en la provincia de Beira fue un triunfo para ellos, y una verdadera fiesta para el Clero y el pueblo: durante todo el camino que debian recorrer los PP. Delvaux, Pallavicini y Martin, así en los pueblos como en las ciudades, acudia solícita y regocijada la multitud á obstruirles el paso. Ni el tiempo ni las revoluciones habian podido apagar el amor tradicional de aquellos pueblos, á quienes el reconocimiento y la esperanza hacian prorumpir en mil cantos de alegría y en benévolas demostraciones tan pronto como descubrian el cortejo. El Clero de las diversas parroquias y las Órdenes religiosas acudian tambien procesionalmente y precedidos de los pendones para unirse á los transportes y bendi-

ciones de la multitud: en todas partes á la vista de los hijos de Loyola, poblaban el espacio mil gritos de entusiasmo; en todas partes se les aplicaban estas palabras de la Escritura: *Euntes ibant et flebant... venientes autem venient cum exultatione*; lo que equivalia á describir con una sola palabra los amargos dolores del destierro, y los puros goces del regreso.

La primera ciudad que se ofreció á la vista de los Jesuitas despues de haber entrado en la diócesis de Coimbra, fue Pombal, la misma en que fue desterrado y murió el ministro de este nombre, su mas cruel perseguidor y causa de todas sus desgracias. Oigamos al P. Delvaux referir su venganza: «Fuimos recibidos en ella, escribió en 6 de marzo de 1832, con un repique general de campanas y conducidos en triunfo por el Arcipreste acompañado de todo su Clero: la iglesia en que dos de nuestros Padres celebraron el santo sacrificio de la misa, estaba profusamente iluminada como en las mayores solemnidades. En cuanto á mí, poseido de un sentimiento religioso que me seria imposible describir, traté de evitar, junto con un Padre y un hermano, el encuentro del buen Arcipreste, para dirigirme á la iglesia de los Franciscanos y rogar sobre el sepulcro del Marqués; pero el infortunado ni aun sepulcro tenia. Solo encontramos á poca distancia del altar mayor un alaud cubierto con un paño mortuorio hecho jirones, que el Padre Guardian del convento nos dijo ser el del Marqués, cuyo cadáver estaba aguardando aun los honores de la sepultura desde el 5 de mayo de 1782.
«Así es que en verdad puedo decir que despues de medio siglo de proseripcion, el primer paso de la Compañía al entrar solemnemente en Coimbra fue para ir á celebrar una misa de aniversario, de cuerpo presente, para el eterno descanso del alma del que la habia prosercrito, en el lugar mismo en que pasó los últimos años de su vida, desgraciado, desterrado y condenado á muerte. ¡Qué cúmulo de circunstancias habia sido preciso para dar semejante resultado! Sali de Pombal sin saber á punto fijo si era aquello sueño ó realidad. Sin embargo aquel féretro presente, el nombre de Sebastian pronunciado en la oracion; el tañido de todas las campanas de la parroquia anunciando el regreso de la Compañía, todo contribuyó, por fin, á aclarar mis dudas. Fue tan fuerte mi impresion, que no creo podrá borrarse jamás de mi pecho.»

En medio de los opuestos sentimientos que causaban en el alma

de los Jesuitas tantos recuerdos unidos á los goces tan cristianamente expansivos de la multitud, llegaron los Padres del Instituto á Coimbra, donde les aguardaban nuevas fiestas y nuevas manifestaciones de toda especie; al anunciar al General de la Compañía los Padres de Coimbra los transportes de alegría de que habian sido objeto, les contestó aquel: «Hoy *Hosanna*, humildad: quizás mañana «será *Tolle, crucifige!*» No tardó en realizarse el presentimiento de Roothaan; pero no por ello cogió desprevenidos á los Jesuitas.

Para combatir D. Pedro á su hermano D. Miguel é imponer á los portugueses un Gobierno nacional, reunió un ejército compuesto de ingleses, franceses, italianos, polacos y de todos los mercenarios de que disponia la Revolucion. Arrojadados de su patria por los crímenes que habian cometido, y que no podia menos de castigar la ley, veíanse obligados á arrastrar en países extranjeros una existencia de depravacion y de vergüenza; como queria la Europa deshacerse de ellos, los cedió á un Rey destronado que se titulaba constitucional solo por mendigar la alianza de todos los Gobiernos revolucionarios. Una guerra fratricida les abria de par en par las puertas de Portugal, y como cañes se arrojaban, en nombre de la libertad, al desgraciado país en que iban á introducir el pillaje y la licencia. En presencia de tantos peligros mostráronse los discípulos del Instituto en un todo dignos de la alta mision que les estaba confiada: dividido el Portugal por el fuego de la civil discordia que no tardó en cundir en el seno de las familias cuyos miembros se dividian entre sí para defender cada cual su partido, sobrevino un nuevo azote más terrible aun que la guerra, que acabó de consternar aquel desgraciado país. Se presentó el cólera á las puertas de sus ciudades, invadió las campiñas y se cebó indistintamente en las tiendas de campaña y en los hospitales, amontonando en todas partes víctimas sobre víctimas: por una de aquellas incurias que solo las preocupaciones de la guerra civil pueden hacer comprender sin servirles de excusa, unióse á la epidemia la miseria y el hambre.

Para desafiar una muerte que aparecía bajo tantas formas diversas, preciso era una de esas abnegaciones que no retroceden ante ningun peligro; la abnegacion que los Jesuitas supieron demostrar. Durante más de seis meses se les vió á todas las horas del día y de la noche prodigar á los moribundos los consuelos de la fe y los auxilios de la beneficencia; fueron á la vez los sacerdotes en la agonía y los médicos en el sufrimiento, lanzándose á todas partes en donde

habia un dolor que endulzar. Los soldados de D. Miguel, así como los de D. Pedro hechos prisioneros, los presos políticos, los criminales y los inocentes vinieron á ser todos hermanos que la caridad de los hijos de Loyola confundió en el mismo amor y en los mismos cuidados. Acampado el ejército miguelista frente los muros de Coimbra á fin de reunirse para defender Lisboa, causó aquella reunion de fuerzas nuevos desastres por haber engendrado el tifus. El contagio sostenido por tantas causas reunidas respetó á los Padres, pero no fue así la nueva plaga que vino á aumentar los males de los portugueses, pues que casi todos los Jesuitas á un mismo tiempo se vieron atacados del tifus que les condujo á las puertas del sepulcro: sin embargo solo Trancart sucumbió.

En aquel drama que se representaba en medio de los combates, y al cual asistian tres ejércitos, hubo por parte de los Jesuitas de aquel modo expuestos una lucha larga y santa que constantemente supieron sostener en favor del infortunio. Batíanse los dos pretendientes de la casa de Braganza, animados por la esperanza de conquistar el trono; los partidarios de uno y otro bando empuñaban las armas para hacer triunfar un partido político; solo los discípulos de san Ignacio se sacrificaban en honor de la idea cristiana: solo ellos permanecian siempre en la brecha, á fin de hacer oír algunas palabras de consuelo en medio de las imprecaciones de la derrota realista y de los cantos de alegría de la victoria constitucional. Acostumbrados á apiadarse de esas guerras intestinas para ser á la vez útiles á todos los partidos, solo procuraron los Jesuitas salvar en la tormenta revolucionaria los principios de la fe; lo que pudieron lograr únicamente mientras lo permitieron las pasiones desencadenadas: hé aquí una carta que dirigia á Godinot el P. Soimié en la que se halla la prueba de la estimacion que inspiraron los Jesuitas tanto á los miguelistas como á los defensores de D. Pedro: «Lo que nos «granjeó la confianza de los dos partidos, decia Soimié en julio «de 1834, no fue solo la abnegacion que manifestamos durante el «cólera, ni el gusto con que nos prestábamos á todo, sino en particular la discrecion con que nos portamos mientras nos fue posible «con ambos partidos. Ninguna distincion se hacia en nuestras clases entre el hijo de un realista y el de un constitucional; lo que estaba por otra parte prevenido por S. M. En nuestras instrucciones «nos contentábamos con explicar el Evangelio sin tratar jamás de «politica; procurando en todo lo demás ser útiles igualmente á to-

«dos sin distincion de opiniones, con tal que no se intentara contra «la conciencia y el honor de la Compañía. No ha sido por desgracia «así en todas partes, puesto que en algunas se ha demostrado de- «masiado la diferencia de opinion. La política no debe entrar de «ningun modo en los sermones; se ha tratado algunas veces de ella «con cierta acritud, y sin tener bastante indulgencia y caridad para «con las personas de una opinion diferente. Esta clase de indiscre- «ciones, faltas, ó como se quiera llamarlas, produjeron en Portugal «mas tristes efectos que en otra parte alguna; como solo deseábamos «la salvacion de todos, limitábamonos nosotros á condenar igual- «mente todos los excesos. Por otra parte es preciso atender, que en «Portugal, mas que en cualquiera otro punto, hay muchos que abra- «zan un partido y lo defienden con bastante inocencia; por lo que «seria una injusticia condenarlos á todos indiferentemente. Esos bue- «nos portugueses, sea cual fuere el partido que sigan, no por ello «son ni menos buenos ni menos cristianos; finalmente, por decirlo «de una vez, evitábamos entrar en todas esas miserias de partido, «que léjos de hacer bien á nadie, hacen por el contrario mal á mu- «chas personas.»

Estas palabras son el resumen de la política observada por los Jesuitas, y de la cual no se separan jamás; D. Miguel les llamó: nuevos acontecimientos cambiaron el orden de cosas. D. Pedro fue vencedor; pero no por ello preocupó á los Padres aquella revolucion, sino bajo el punto de vista católico, por serles el trono tan indife- rente como la vida. Penetró el ejército constitucional en Lisboa al mando de Villaflor en 24 de julio de 1833, y su general hizo anun- ciar á los discípulos del Instituto que podian contar con su protec- cion. El mismo D. Pedro, á quien no se ocultaba la situacion del país, trató con ellos sobre los medios que podian emplearse para pa- cificarlo: era el árbitro de Portugal, pero sabia que solo los extran- jeros habian visto con placer su triunfo, y como no ignoraba la influencia y el apoyo á que era aquel triunfo debido, sondeó á los Jesuitas á fin de saber cuál era su opinion sobre la marcha política que en lo sucesivo convenia seguir. Engañado como los demás so- bre el ascendiente político que creia tenian los Padres, nada omitió en 1833 el antiguo Emperador del Brasil para unirlos á su partido; les escribió de su propio puño, les ofreció el restablecimiento de la Compañía, el arzobispado primacial de Braga, la direccion espiri- tual de D.^a María II, y toda clase de tesoros y favores que podian

desear, si empleaban en servicio de la Revolucion el crédito de que gozaban acerca del pueblo; sin que les pidiera D. Pedro en cambio de tantas ventajas, otra condicion, que entregarle las ciudades de Coimbra y Lisboa. Estas proposiciones llegaron á conocimiento de los Padres, cuando la victoria habia coronado ya las armas de don Pedro; llegado ya este al colmo de sus deseos y reinando á nombre de su hija, léjos de haberse desvanecido sus preocupaciones respec- to de los Jesuitas, ocupábale mas y mas la idea de unirlos á su cau- sa á fin de que fuesen los intermediarios entre él y D. Miguel. El duque de Palmella les ofreció su apoyo si consentian en no retirarse al interior del reino.

Hallábanse los Jesuitas en Coimbra y Lisboa por orden de su Ge- neral; y solo la violencia podia impedirles el dar cumplimiento has- ta el fin á sus disposiciones, por lo que era su determinacion irrevocable. Sospechando los pedristas de que no podian atraerles á su partido, y que por lo tanto todo debian temerle de ellos, se amoti- naron en 29 de julio frente la casa de San Antonio. Iba á empezar ya el pillaje y la muerte por haberse apoderado los sublevados del convento y empezado á ultrajar á los Jesuitas, cuando de repente cogió uno de los invasores al P. Moré que debia ser la primera vic- tima, y amenazando aquel hombre con la culata del fusil á sus com- pañeros logró dispersarlos, y cayendo luego á los piés de Moré: «Padre, exclamó, mi bienhechor, á vos os debo la vida, puesto que «sin vuestros cuidados de seguro habria sucumbido en la cárcel¹.» Aquella escena llenó de asombro á los revolucionarios que habian acudido para saquear el convento de los Jesuitas; y retrocediendo ante la idea de un nuevo crimen, dejaron á sus jefes el cuidado de consumar bajo las apariencias de legalidad el atentado que no se atre- vian ellos á cometer. Estaba tan desorganizado el ejército de D. Pe- dro, que ni aun él podia hacer obedecer á sus súbditos sino cuando les mandaba el mal que le obligaron á consumir. Recibió el carde- nal Justiniani la orden de salir de Lisboa dentro tres dias, á fin de que no quedara duda alguna sobre la ruptura del nuevo Gobierno

¹ Entre los manuscritos del P. Delvaux hállanse diferentes rasgos que honran sobremano á los prisioneros políticos, por no haber olvidado al triun- far su partido los consuelos y el apoyo que les ofrecieron los Jesuitas durante su cautiverio. Como muestra de reconocimiento, y quizás movidos por la idea de asegurar su porvenir, muchos de aquellos prisioneros dirigieron peticiones á D. Pedro interesándose vivamente por la Compañía de Jesús.

con la Santa Sede. Las Cortes democráticas de 1820 habian conservado á los Padres de San Felipe Neri en el palacio de las Necesidades, y D. Pedro les obligó á evacuarlo inmediatamente: asimismo con una inexperiencia que demostraba mas bien irreflexion de carácter que perversidad de alma, trató aquel Príncipe de desempeñar el papel de libertador, á cuyo fin mandó abrir á los ladrones y á los asesinos las puertas de las cárceles. Alentados aquellos miserables por los desórdenes de que eran testigos, y por los impíos deseos que llegaban á sus oídos, empezaron á devastar las iglesias y los conventos, asesinando á todos los sacerdotes que se designaban á su venganza.

Á pesar de todas las seguridades dadas por los duques de Terceira y de Palmella, eran los Jesuitas los que corrian mas inminente peligro entre todos los religiosos; cuando un jóven inglés, Mr. Yvers, se decidió á salvarles. Desempeñaban los ingleses en aquella revolucion el primer papel, siendo, como en todas, los que reportaron de ella los mayores beneficios. Habia abrazado Yvers tan calorosamente la causa de los Padres de la Compañía, que puso á su disposicion los oficiales de la marina británica, y merced á su valor y prudencia, logró librar á muchos hijos de san Ignacio de una muerte cierta; sin embargo, como no pudo velar sobre los Jesuitas de los demás puntos, tuvieron estos que sufrir mucho, particularmente los de Coimbra, donde estaba de superior el P. Mallet. El Gobierno constitucional se mostraba abiertamente hostil á la Sociedad de Jesús; D. Pedro, que no habia podido decidirla á abrazar su partido por medio de una traicion cobarde y ofreciéndoles toda clase de ventajas, esperaba obligarles á ello por medio de amenazas. Los Jesuitas, empero, permanecieron inalterables en el cumplimiento de su deber; mientras reinaba en Coimbra el terror y se apoderaban de ella por la fuerza de las armas, se entregaban los Padres á sus cotidianas tareas, esto es, á la enseñanza de la juventud y á visitar los enfermos y los hospitales, procurando con sus prudentes consejos hacer descender la paz en todos los contristados corazones. La influencia que la oracion y la autoridad de la virtud daban á algunos pobres sacerdotes franceses contrarestaba todos los planes de los liberales, por haber estos pensado que les seria sumamente fácil desunir al Portugal del lazo que le unia con la Silla de san Pedro. Todos sus planes se dirigian á lo mismo; así es que invitaban á los religiosos á que disfrutaran de la independencia que les ofrecian, halagan-

do, para mejor lograrlo, la ambicion y los deseos de todos; pero el ejemplo de los Jesuitas era un poderoso obstáculo para las innovaciones. Por ello tomó D. Pedro últimamente el partido de expulsarles, poniendo en vigor el 24 de mayo de 1834 todos los edictos del marqués de Pombal: hé aquí los términos en que estaba concebido su decreto:

«El duque de Braganza, en nombre de la Reina, debidamente informado de que algunos miembros de la Compañía de Jesús vinieron á este reino en tiempo de la dominacion del usurpador, y que apoyados por las circunstancias concibieron el temerario proyecto de restablecer la Sociedad disuelta por los poderosos motivos que debió tener en consideracion el señor Rey D. José I; no dudando por otra parte que confiaban los Jesuitas en el apoyo del usurpador, cuya causa es la de la ignorancia y del fanatismo, para obtener mas fácilmente el fin que se proponian, y habiendo obtenido del Gobierno intruso la ampliacion nula y de ningún valor de la bula del santo padre Pio VII, la cual empieza *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, de fecha 20 de agosto de 1814; siendo desgraciadamente cierto y notorio que los susodichos religiosos se han mostrado fieles á los principios de la Compañía de que forma parte; S. M. I. manda que el corregidor de la Municipalidad de Coimbra intimé á todos los individuos de la Compañía que se hallen en la referida ciudad la orden de salir inmediatamente. Se les señalará su itinerario, y á la mayor brevedad deberán presentarse á la secretaria de Estado, donde se dispondrán los medios necesarios para embarcarles para el exterior del reino y de sus dominios. En el caso de contravencion, usará el Gobierno imperial de S. M. respecto de los referidos religiosos de la severidad tan merecida por su audaz y criminal proyecto.»

Comunicóse á los Jesuitas ese edicto en el cual no eran mas respetadas las fechas que la razon y la verdad: luego se procedió á su arresto, y para ponerles á disposicion de D. Pedro se les arrastró como malhechores de cárcel en cárcel, haciéndoles andar desde Coimbra á Lisboa bajo el rigor de un sol ardiente. Durante las cuarenta leguas que tuvieron que hacer acudieron de todos los puntos un gran número de cristianos que imploraban de rodillas su bendicion entre las filas de los soldados, algunos de los cuales mezclaron mas de una vez sus lágrimas con las de la multitud. ¡Algunos meses antes habian recorrido los Jesuitas aquel mismo camino,

en el que se arrojaban á su paso numerosas flores y ramas de naranjo; mientras que ahora proscritos sin haber combatido, recogian el grito de dolor que por su separacion se exhalaba de todos los corazones! Esta ovacion hecha á los vencidos era un mal presagio para las ideas innovadoras: los Jesuitas en su desgracia habian sido hasta allí saludados como mártires; solo á la aproximacion de la capital creyó el Gobierno deber organizar una turba que asegurase su triunfo. Acogió el pueblo á los hijos de Loyola con una resignacion dolorosa; pero se obligó al populacho á salirles al encuentro y hacerles expiar con sus rechiflas y gritería las demostraciones de piadosa gratitud que merecieron de todos los pueblos durante su tránsito. Cumplió el populacho la orden del Gobierno, y los Jesuitas verificaron su entrada en medio de continuas amenazas y ultrajes; pero como eran franceses, no permitió el baron Mortier, que se hallaba á la sazón de embajador en Lisboa, que sirvieran los Jesuitas de juguete á aquella turba de liberales mercenarios, organizados por el anciano Emperador del Brasil. — Se arrastraba á los Padres hacia la capital para dirigir contra ellos un movimiento y ofrecerles quizás en holocausto á los excesos demagógicos; pero el baron Mortier se opuso á aquel plan, reclamando en nombre de la Francia á los hijos de san Ignacio: solo su firmeza y su carácter pudo salvar en aquella ocasion la vida á los Jesuitas. Habia no léjos de Lisboa una cárcel célebre en los anales de la Compañía: tal era la torre de San Julian, en la que en tiempo de Pombal murieron tantos Padres sumidos en la mayor miseria y desnudez; en ella fue tambien donde se colocó á sus sucesores, donde sin embargo no permanecieron mucho tiempo, merced á la activa vigilancia del baron Mortier y al apoyo de Mr. Guizot. El nuevo Gobierno portugués, que les habia ya hecho dar algunos pasos en la senda del martirio, vióse obligado pocos dias despues á restituirles su libertad.

CAPÍTULO VI.

La Compañía de Jesús vuelve á emprender sus misiones de allende los mares. — Reproches que le son dirigidos. — No quiere la Compañía crear clero indígena. — Sus motivos. — Procura establecer en todas partes la liturgia romana en perjuicio de los demás ritos. — Regresan los Jesuitas americanos á su patria despues de la supresion. — El P. John Carroll, Washington y Franklin. — Hace el Jesuita reconocer la libertad de cultos en los Estados- Unidos. — Es nombrado primer obispo de Baltimore. — Carta de Carroll y del P. Leonardo Neale al General de los Jesuitas en Rusia. — El P. Molineux, superior de las misiones de América. — El colegio de Georgetown. — Dificultades que ofrece la posicion de los Jesuitas. — Los americanos y sus ideas religiosas. — El Protestantismo apoya á los misioneros católicos. — El P. Grassi superior. — El P. Kohlmann y el secreto de la confesion. — Vese compelido ante el Tribunal supremo de justicia. — Defensa del Jesuita. — Hace triunfar la discrecion sacerdotal. — El colegio de Georgetown elevado á universidad. — Muerte de Carroll y de Neale. — Seis hermanos en la Compañía. — Piden los salvajes á los *ropas negras*. — Los negros de la Jamáica manifiestan el mismo deseo. — Guillermo de Bourg, obispo de Nueva-Orleans, y los Jesuitas. — Parte el P. Van Quickenborn con los novicios belgas para el Misuri. — Van-Quickenborn funda algunas residencias y un colegio. — Excursion en el interior del país. — No se atreven los Jesuitas al principio á entregarse á su celo apostólico en las tribus salvajes. — Causas de su retardo. — Peligran los colegios por falta de dinero. — Se niegan los Jesuitas á echar mano de la subvencion universitaria que la ley les señala. — Expulsion del P. Kelly. — El cólera en los Estados- Unidos. — Los Jesuitas y las Hermanas de la Caridad. — El P. Mac-Elroy en Fredericktown. — Sus fundaciones. — Apacigua Mac-Elroy una sedicion entre los operarios irlandeses. — Los Jesuitas diseminados en los Estados de la Union. — Sus trabajos. — Procuran civilizar á los salvajes por medio de la educacion. — Van Quickenborn en el país de los Kickapoos. — Comparacion que hacen los indios entre los Jesuitas y los ministros anglicanos. — Muerte de Van Quickenborn. — El P. Helias entre los Osages. — El P. Booker entre los Potowatomios. — Es entre ellos médico y arquitecto. — Los presidentes de la Union protegen á los Padres. — Las tribus del Oregon desean á los *ropas negras*. — Parte el P. de Smet para el país de las Cabezas chatas. — Recepcion que se le hace. — El P. Point. — Reduccion de Santa María. — Vida de los Jesuitas en las montañas Rocosas. — El P. Larkin en el aniversario de la independencia americana. — Predica el Jesuita ante el ejército y los magistrados de los Estados- Unidos. — Los Padres en la Jamáica. — Su llegada á Méjico. — Su proscripcion. — El P. Arillaga en el Senado. — Llámales nuevamente el general Santa Ana. — Mision de Siria. — El rey Othon y los Jesuitas. — El